PERCEPCIÓN DE LA PROTAGONISTA EN LA NOVELA *SARICA LA BORDA*, DE JUAN BLAS Y UBIDE

Jesús AGUAVIVA GRACIA

Resumen: El presente trabajo muestra la percepción que tenemos de Sara, protagonista de la novela objeto de estudio. Planteamos esta tarea partiendo de tres componentes:

— Cómo se manifiesta el personaje (revela su sencillez, rectitud en el obrar, amor noble, pasión familiar, integridad moral, fuerza de espíritu…)

— Cómo lo ven los demás (la admiración por ella se refleja en dos actitudes netamente opuestas de los actantes; para unos, responde al concepto de simpatía, belleza, o don de la naturaleza y, para otros, a un sensualismo incontrolado…)

— Cómo la refleja el autor (exterioriza en ella la integridad y el honor, el sentido de maternidad, la capacidad de sacrificio, la fortaleza en el dolor, la soledad y desamparo, la firmeza de ánimo frente al abatimiento…).

Conclusión: prototipo mujer rural aragonesa.

Palabras clave: Mujer rural aragonesa, valores tradicionales, narrativa realista.

PERCEPTION OF THE PROTAGONIST IN THE NOVEL SARICA LA BORDA, JUAN BLAS AND UBIDE

Abstract: The present work shows the perception we have of Sara, protagonist of the novel under study. We propose this task based on three components:

— How the character manifests (reveals his simplicity, righteousness in acting, noble love, family passion, moral integrity, strength of spirit ...)

— How others see it (admiration for it is reflected in two clearly opposite attitudes of the actants; for some, it responds to the concept of sympathy, beauty, or the gift of nature and, for others, to uncontrolled sensualism ...)

— How the author reflects it (externalizes in it the integrity and honor, the sense of motherhood, the capacity for sacrifice, the strength in pain, loneliness and helplessness, and firmness of mind in the face of depression ...

Conclusion: prototype rural woman aragonese.

Keywords: Aragonese rural woman, traditional values, realistic narrative.

Introducción

A mediados del siglo XIX aparece en Europa una nueva forma de expresión literaria: la observación del presente, que fue el germen de la corriente realista. El pensamiento de los novelistas tenía como objetivo presentar un retrato de la sociedad del momento a través de sus gentes, de su cultura y actuaciones, mostrando un contraste entre el mundo campesino y el urbano.

En España se sintió con más empuje a partir de la revolución del 68. En la narrativa realista observamos distintas ideologías en el pensamiento y obra de los autores, así en

las producciones de Galdós y de Clarín hay un claro matiz liberal y progresista; en cambio, en las de Alarcón o Pereda predominan las ideas católicas y tradicionalistas.

Y como lo más presente y lo más íntimo para cada escritor es lo que tiene en su tierra, donde escribe, la descripción del carácter y costumbres de los suyos, juntamente con el realismo, fue el origen que propició el nacimiento del arte regional[1] y, de este modo, las temáticas basadas en lo cotidiano y en el solar propio favorecieron la aparición de la novela regionalista. Fernán Caballero, Valera, etc., retrataron el ambiente andaluz; Pereda, el paisaje y la costa de Cantabria; Clarín y Palacio Valdés se ciñeron a Asturias; Galdós se centró en Madrid, etc.

En un peldaño inferior cabe situar otros regionalismos, entre ellos el aragonés, que, como afirma José Carlos Mainer, quedaron más o menos políticamente inéditos en su doble aspecto de populismo pequeño-burgués o de regeneracionismo burgués.[2] En este campo de la narrativa aragonesa cabe mencionar una serie de escritores atraídos por el cuento basado en costumbres, tradiciones y anécdotas aragonesas (Mariano Baselga, Romualdo Nogués, López Allué, Blas y Ubide, Eusebio Blasco, etc.) y por la novela urbana y/o ruralista, algunas de carácter perediano (Luis López Allué, Blas y Ubide, Pamplona Escudero, José Mª Matheu, etc.). Algunos de ellos describen y cantan su tierra, tales como: Luis López Allué, la de Huesca; Juan Blas y Ubide, la comarca bilbilitana, Manuel Polo y Peyrolón,[3] la de Albarracín, etc. ¿A qué obedece esta aproximación al mundo rural? Posiblemente redactores y colaboradores se sintieron implicados con el desarrollo económico y cultural de las regiones rurales.

Dejando de lado esta escueta incursión referente a la génesis de las corrientes literarias regionalistas, nos ceñimos al núcleo del trabajo que nos atañe, y antes de bucear en los modos de ser y obrar de la protagonista, cabe realizar una breve sinopsis de la vida de su autor y, en especial, de la temática de esta novela para tener una noción de todo y mayor comprensión de las situaciones vivenciales de Sara.

Biografía

Juan Blas y Ubide nació el 12 de junio de 1852.[4] Las primeras lecciones de cultura general y, en especial de ciencias, las recibió del P. Cipriano, monje exclaustrado del monasterio cisterciense de Nuestra Señora de Piedra. Cursó segunda enseñanza en Calatayud (La Correa) y en El Escorial, para licenciarse en Derecho y Filosofía y Letras en la Universidad Literaria de Zaragoza.

Desde su juventud fue perseverante coleccionista de datos inéditos, noticias curiosas, aspectos referentes a la vida local, costumbres, tradiciones; recogía lo brillante, lo mezquino, grandezas y miserias, todo cuanto sirviese de material para una novela, cuento o crónica.[5]

Fue concejal y alcalde de Calatayud;[6] durante su mandato embelleció los paseos y plazas de la ciudad con arbolado, perfeccionó la pavimentación y creó la *Galería de Bilbilitanos Ilustres* en el salón de sesiones del Ayuntamiento. Ejerció como abogado, cola-

---

[1] CEJADOR FRAUCA, Julio (1972). *Historia de la Lengua y Literatura castellana*. (Época regional y modernista). Biblioteca Románica Hispánica. Editorial Gredos. Madrid, tomo X, pp. 2 y 3.

[2] MAINER BAQUÉ, José Carlos (1987). *La Edad de Plata (1902-1939)*. Cátedra, S.A. Madrid, p. 121.

[3] Natural de Cañete (Cuenca), desde 1870 a 1879 fue catedrático de Psicología, Lógica y Ética en el Instituto de Teruel. Interesado en la lengua y costumbres de los hombres de las sierras turolenses.

[4] Archivo parroquial de la Colegiata de Santa María. *Libro de bautismos,* tomo VIII, folio 17 vuelta.

[5] LÓPEZ LANDA, José María. Juan Blas y Ubide. *Literato bilbilitano. Conferencia leída en el Ateneo de Zaragoza el 17-3-1945*. Gráficas Perruca. Calatayud, s.a. P. 13.

[6] AMC, Libro de Actas, 1-I-1902; 22-VII-1908.

boró en varios periódicos y revistas, siendo uno de los fundadores del periódico local *La Derecha*. Murió a consecuencia de una linitis plástica el 25 de octubre de 1923.[7]

La obra literaria de Blas y Ubide comenzó en 1877 con la edición de una guía de Calatayud. Un año más tarde apareció *Páginas en verso*, volumen único en el que se recogen todas sus composiciones poéticas. La *Revista de Aragón* daba a conocer en 1903, por entregas, la novela *Sarica la borda*, que fue editada un año más tarde; en 1905 se imprimió su segunda novela *El licenciado de Escobar*.

La obra cuentística de este literato forma un corpus reducido, tan solo contiene once narraciones bajo el título de *Las caracolas*.

Menor importancia revisten los discursos relativos a la celebración de efemérides, actos sociales y educativos.

La crítica periodística acogió gratamente la aparición de la novela *Sarica la borda*: *Heraldo de Aragón*, 7-XII-1904; *El Noticiero*, de Zaragoza, 23-XII-1904; *La Correspondencia de España*, 23-XII-1904; *El Correo Español*, 4-I-1905; *Blanco y Negro*, 14-I-1905; *La Libertad*, de Valladolid, 14-I-1905; *El Lábaro*, de Salamanca, 1-II-1905; *El Liberal*, 21-II-1905; *El Triunfo*, periódico de Granada, 10-IV-1905; y un largo etcétera.

Nadie mejor que su paisano Valentín Gómez, conocedor del marco escénico y de las gentes de su entorno, podía decir de él:

> El Sr. Blas y Ubide, en su Sarica la borda, acaba de demostrar que ve con exactitud, que pinta y relata con fidelidad y que escribe con elegancia, dando vivo interés a la acción. Los que conocemos el escenario en que la novela se representa y las personas, ya difuntas, que, arrancadas de la realidad, intervienen en ella, apreciamos y admiramos el mérito del artista que tan felizmente ha sabido trasladar al papel los caracteres y la vida de los que han pasado por delante de sus ojos.[8]

Temática

El núcleo central es la "avaricia", la posesión de una parcela agraria que desencadena, por una parte, un conflicto jurídico familiar y, por otra, la usurpación y robo de propiedades de la que es víctima la protagonista. Sara, inclusera, es adoptada por un matrimonio ejemplar de Cerrillares; los encantos de la muchacha alientan la codicia sensual de Jenaro, un señorito de cuna prócer, dado a la vagancia y a la vida licenciosa. La desigualdad social impide a Sara un acercamiento hacia él. Hereda las posesiones de sus protectores y se une a Juan, tosco y rudo labrador con quien llega a tener un hijo que vive poco tiempo. Juan mata a Jenaro por la desconsideración y falta de respeto hacia Sara. Esta pierde cuanto posee por evitar la condena de su marido. Sola y desvalida abandona Cerrillares y vuelve a la inclusa, de donde había salido, para rehacer su vida.

Blas y Ubide en *Sarica la borda* ubica sus personajes en un espacio rural que conoce directamente. La topografía del marco novelesco corresponde a la comarca bilbilitana, concretamente a la población de Maluenda, escenario en el que se desarrolla la acción. Sus actantes muestran una serie de rasgos o caracteres pertenecientes a una esfera social en la que asoman los distintos modos de vivir y obrar de sus gentes entresacados de su vasta colección de apuntes, anécdotas y referencias.

En el bosquejo del retrato de la protagonista perseguimos un objetivo: mostrar la percepción que de ella tenemos, sus rasgos y atributos, y para tener una visión cabal y

[7] ARC de Calatayud. Tomo 41, folio 397.
[8] *El Universo*, 11-I-1905.

precisa del personaje en el discurrir de la obra y de los hechos que en ella acontecen, abordamos esta tarea partiendo de tres componentes:

— Cómo se manifiesta el personaje.
— Cómo lo ven los demás.
— Cómo la refleja el autor.

1. Cómo se manifiesta el personaje

La manera de ser de la protagonista le hace medir y valorar su situación y posición social que nunca rechaza y que tiene presente en distintos momentos de su existencia; es realista y sincera consigo misma, así lo reconoce:

> Soy una pobre borda que sacaron hace siete años del hospicio el tío José Vetos y la señá María la Santa.

La juventud destapa las primeras sensaciones amorosas de la muchacha, desvelándonos el rubor en sus mejillas al sentir los primeros requiebros de amor que despiertan en ella una instintiva reacción o un signo de pudor ante la presencia y galanterías de Jenaro:

> —¡Tanto de bueno por aquí Jenarico! Dijo el labrador.
> —Buenas tardes tío José, Ud. siempre tan gordo y tan bueno; y tú Sarica cada vez más hermosa.
> La chica se pone más encendida que una cereza.

Ante esta actitud de recato y modestia que nos descubre, ¿qué quiere mostrar de ella el novelista? Simplemente poner de relieve la existencia en la muchacha de un pudor nativo en el alma femenina que se convierte en defensa de la virtud, y una manera de ser pura e inocente cara a los demás, porque la inocencia no la considera como una virtud del conocimiento, sino de la voluntad.

Sara rehúye al hombre que le manifiesta un amor artificioso cobijándose en la virtud para salvaguardar su honor:

> Jenaro, Jenaro, no me ahugerees más los oídos con palabras que me hacen sufrir, porque no las puedo creer, no las debo creer […] No pensarás tampoco hacer conmigo lo que dicen que has hecho con otras, porque entonces no me querrías y yo te aborrecería con todo el alma.

Su fuero interno late por Jenaro y esta aproximación cariñosa se desvela en sus ojos y en su expresión; manifiesta una visión sensata de las cosas, es una mujer recta y honesta, como lo demuestran sus palabras haciendo frente a su admirador con quien se forja unos sueños de ventura que enturbian la realidad circundante de su persona. Si su corazón juvenil se abre a las ilusiones, su carácter y personalidad se enfrenta a la fantasía percibiendo entonces la realidad de la situación que rodea su mundo, mostrándose modesta, honrada, segura de sí misma, sin delirios sentimentales. El sentimiento y los impulsos de la juventud ceden, después de una reflexión serena, a los consejos de su madre adoptiva:

> Su madre tenía razón. Jenaro no la amaba... la presteza en enamorarse de ella y en llevarla al altar, le revelaban la escasa firmeza de aquella pasión que le había mentido y que ningún trabajo le costó desarraigar... y por otra parte la irritaba con la punzante idea de que había sido juguete de un engaño, y a poco no llegó a ser su víctima... Había sabido vencerse, había triunfado; pero, ¡qué doloroso triunfo!

El reconocimiento de su posición social calma también su ilusión; el acercamiento que siente hacia el señorito de la casa grande debe sacrificarlo, y al final de sus sueños aparece tal como es: una "oscura borda" cada vez más alejada de un imposible amor:

> Yo no puedo quererte de amor, estamos muy lejos el uno del otro… y cuando me llegue el tiempo no me faltará uno de mi par igual que me quiera.

En dos ocasiones el joven hacendado solicita su amor; la imagen de la joven oscurece sus potencias y sentidos, despertando su ansia de goce y todos los ensueños voluptuosos; en la primera, guiado por los efectos de la bebida, se arroja con sus brazos hacia ella siendo rechazado con presteza:

> Abre la puerta y se le aparece la siniestra figura del borracho que tiende los brazos hacia ella. Lanza un grito y cierra de golpe venciendo la resistencia de Jenaro que cayó de espaldas en la nieve.

En la segunda, quiere hacerla suya por la fuerza intentando calmar su concupiscencia. La joven defiende su virtud con ahínco y firmeza; lo rechaza indignada haciéndole ver que el amor acrisolado por la dignidad es la barrera que frena sus caprichos:

> —Sarica, vengo toda la tarde pensando en ti.
> —¡Pensando en mi! ¿por qué?
> —… porque estoy muerto por ti […] que necesito que me quieras.
> —¡Apártate! me das miedo… ¡Vete! ¡Vete! Gritó angustiada…
> —¡No, no! ¡me has de querer! […]
> En un esfuerzo, supremo, inverosímil, por lo impetuoso y rápido, dio un salto que la desembarazó de él, y, cogiendo con presteza su cesto, echó a acorrer lanzándole estas palabras: ¡Te aborrezco!

La misma integridad muestra a Trespés (prestamista a la usanza medieval) en situaciones de penuria económica cuando éste intenta sacar partido a la desgracia viéndola más vulnerable y considerándola presa fácil de sus veleidades otoñales; la trastienda del usurero es mudo testigo de sus sucios devaneos. La muchacha lo repele diciendo:

> Quite usted de ahí, so cochino, no se le aceren los dientes… Más le vale mirarse al espejo y verá cómo le crece la almendrera y acordarse de que tiene una hija más moza que yo ¡sinvergüenza!

Una nueva ocasión se le presenta al tendero para conseguir sus propósitos cuando la pobre Sara no puede afrontar la cuantía que figuraba en el pagaré que había firmado. La presencia de la hermosa joven vuelve a encender en él sus torpes deseos, y en un arranque de lujuriosa verbosidad le insinúa cancelarle la deuda a cambio de un poco de cariño. Su fortaleza y entereza de ánimo son dos pilares que la guardan sin mancilla en los momentos más cruciales cuando sola y abandonada la desgracia persigue su existencia y la penuria económica se desata. Así muestra a Trespés que su virtud no tiene precio ridiculizando sus oscuras pretensiones. La respuesta que le da es contundente:

> Guárdese el papel, que tengo hacienda con que pagárselo, gracias a Dios, y no necesito recibir mercedes que dan vergüenza y menos de usted… Le pagaré lo que le debo, tío gorrino.

Concibe el amor como un don, una virtud inherente a la persona que no debe expoliarse por pasajeros caprichos o peligrosas veleidades. Su entrega no la admite sin unión sacramental.

El acoso sensual que sufre tanto del joven hacendado como del tendero, unido a la soledad en la que se encuentra le sugieren la necesidad de contar con ayuda y protección. Halla en Juan al labriego sencillo, entregado a su trabajo; sus ademanes toscos y bruscos contrastan con su magnanimidad y buen corazón. Lo considera una persona sensible, atenta a las necesidades de los demás, dispuesto a cualquier tipo de ayuda generosa y desinteresada. Ve en él una persona noble, digno de ella, el báculo en que apoyarse en su desamparo y la medicina que aliviaría el recuerdo desagradable de los bajos instintos de Jenaro y allanaría el camino de su existencia. Pocas palabras bastan para certificar la unión de dos almas que conjugan al unísono sus sentimientos. Y dándose cuenta de la valía de su admirador, con la decisión de un alma que encuentra el resorte de la felicidad le dice:

> ¡Te quiero! ¡Abrázame! Que de hombres como tú no tengo miedo.

Sara no sólo se muestra hogareña, sino también, dada a las duras labores agrícolas. Hogar y campo son considerados como un trabajo noble y necesario para el sostén de su casa. Se manifiesta gallardamente sobre el trillo en la era en una estampa bucólica proyectando su imagen como prototipo de campesina aragonesa *ligeramente tostada por el sol*.

Muestra su entrega total a la familia; el bienestar de los suyos lo antepone a cualquier situación referente a ella por delicada que sea; se da por entero y sin reservas a su pareja; su felicidad la basa en la familia, por eso no duda en sacrificar las pequeñas heredades y saldar cuanto posee si con ello puede aliviar a su marido de la condena que padece; así, con esta entrega, generosidad y desprendimiento nos revela la culminación de su amor, llegando al pináculo de su convivencia marital:

> Recogida la pobre cosecha de Cifuentes y Mediavega se decidió la expósita a vender las dos fincas; no tenía más remedio, era para salvar a su Juan. Si lo salvaba, bien empleado estaba todo y poco le importaba quedarse tan pobre como nació...

Sabe ser agradecida, muestra su reconocimiento a don Pedro, el abogado, a quien pide ayuda y defensa de las tierras heredadas de sus padres adoptivos, y, cuando gana el pleito, en un impulso de arrebatado agradecimiento hacia sus padres adoptivos, se pone a cantar sin acordarse de que estaba de luto y podría escandalizar a los vecinos:

> Sarica se puso a cantar sin acordarse de que estaba de luto y se iban a escandalizar los vecinos; después abrió las cortinas de la alcoba y se echó a llorar sobre la cama de sus padres, regando con lágrimas los almohadones sin funda, que abrazaba y besaba como si fueran los venerables cuerpos de los difuntos, los cuales debían regocijarse desde el cielo por aquellos extremos de loco agradecimiento.

Ante todo, tiene presente que cuanto ha recibido en esta vida lo debe a sus padres adoptivos, el calor filial recibido, la educación… No es de extrañar esta reacción que le lleva a exteriorizar sus sentimientos dando a entender que gratitud y amor filial no deben caer dentro de la esfera de los convencionalismos sociales; aquí cabe recordar la máxima latina que reza: "la gratitud es la memoria del corazón" y, en este caso, bien la podemos vincular con el estado feliz de la protagonista.

En medio del dolor, de la soledad, de la pérdida de su hijo, de cuanto tenía y zarandeada por las vicisitudes de la vida, guarda un equilibrio entre sentimientos y hechos vividos: al daño recibido opone indulgencia, al agravio y ofensa comprensión y perdón. La magnanimidad de su corazón queda al descubierto en el momento de abandonar Cerrillares. Junto al postrer adiós a sus padres adoptivos y sus silenciosas lágrimas por

el hijo perdido, una oración escapa al odio y al rencor, sus labios musitan la plegaria cristiana común por Jenaro, origen de su desdicha. Sublime reacción de un alma generosa que encarna más al prototipo femenino que Blas y Ubide concibe en la mujer:

> Se arrodilló después y rezó ante las cruces que marcaban los sepultureros de sus padres adoptivos, y al despedirse para siempre de aquel triste lugar donde dejaba los restos de los seres queridos, sus ojos se fijaron en el panteón de los Zapatas y, alzándolos al cielo con un movimiento de sublime caridad, rezó el último padre nuestro por el alma de Jenaro.

He aquí una pincelada del carácter y modo de obrar que la protagonista nos desvela en el desarrollo temático de esta novela. Se conduce con una *actitud sobria*, recta, hace todo *a la cara del sol*; templa su carácter, no se desmanda, es un fondo sobre el que resalta la bondad y regularidad en su pensamiento y en su manera de actuar**.** Sabe ser agradecida, se entrega a las tareas campestres como un labriego más; exterioriza un amor noble y sincero, rechazando todo atisbo que afecte a su honor; muestra una integridad moral intachable y una fortaleza de espíritu frente a la adversidad y desamparo que rodea su existencia. Es como la mujer fuerte de quien nos habla la Biblia; se abraza a la entereza de espíritu para afrontar con decisión el porvenir oscuro que se le presenta.

2. Cómo la ven los demás

José, padre adoptivo, la considera como un tesoro llovido del cielo; en la antesala de la muerte una fuerte oposición a esta ley de la vida nos manifiesta su afecto hacia Sara:

> Confesó el tío José con el cura párroco su mayor pecado, que era el de sentir apego a la vida sólo por amor a Sarica...

Entre los mozos del pueblo había implantada la tradición de piropear a la mujer a la salida de la iglesia los días festivos; el desparpajo y el ingenio acompañaban el paso de las muchachas en edad adolescente. La presencia y porte de la borda es centro de atención y a ella van dirigidos los requiebros de los admiradores:

> ¡Olé la Sarica! Lo mejor faltaba. Esto es la gloria de Dios... !Vivan las rubias rubiales!

Blas y Ubide dentro de la concepción femenina destaca el elemento tradicional del piropo como halago afable y sincero. ¿Qué pretende con ello? Por una parte, subrayar la agudeza y la gracia de jóvenes y mayores que acompañaban el paso de las muchachas en edad de merecer y, por otra, resaltar la beldad, el garbo, encantos y cualidades de la mujer.

De sus admiradores, dos pretendientes habían fijado su atención en ella, Jenaro y Juan, pertenecientes a dos esferas sociales diametralmente opuestas. El primero, hijo del noble infanzón Pérez de Zapata, se muestra huidizo a cuanto se refiere a su instrucción; su condición de pudiente le lleva a una vida alegre y disipada, es su *modus vivendi*; confunde la diversión sana con la juerga dañosa y libertina, aspectos que le llevan a una existencia licenciosa ligado a la mujer a quien convierte en centro de sus caprichos. Las consecuencias e imprevistos que puedan originarse de esta deriva vivencial no entran en su razonamiento.

El segundo, un pobre jornalero de escasos recursos económicos, apegado al rudo trabajo agrícola, conoce los límites de su posición social y cuanto escapa a su círculo le parece prohibitivo. Su modo de ser es tosco, impulsivo, pero de nobles sentimientos y

pronto a socorrer a los demás. Frente a la mujer es presentado tímido y parco en la expresión de sus sentimientos. ¿Cómo pretende liberarse de esta timidez? Recurriendo a pequeñas dádivas o ayudas concretas.

Jenaro a su llegada al pueblo repara en los encantos de Sara, se siente atraído por la hermosura y el porte físico de la muchacha; el recuerdo de ella le absorbe sus potencias y sentidos, es el centro de sus pensamientos; la corteja asiduamente manifestándole su admiración con constantes galanteos.

> Tú te has hecho una real moza que de seguro ganarás más pleitos con esos ojos de cielo que yo con todos mis estudios. […]
> Eres la chica más guapa y serías la más buena que he conocido si conmigo no fueras tan desdeñosa. […]

Pero la atracción por ella cae dentro de lo sensorial y voluptuoso. Se recrea en la contemplación de sus formas, que para él es una manera de poseerla; su sensualidad le aleja del conocimiento del amor noble ya que lo confunde con el goce y la pasión. El huracán de sus deseos le induce a buscar sólo el placer físico, doblegando cualquier sentimiento a su egoísmo; por esta razón busca una solución para ahogar sus penas. En su fantasía perfila la imagen de la borda y en dos ocasiones intenta someterla a sus torpes deseos siendo rechazado, dejándole en brazos de la humillación y de la vergüenza; la amistad que les unía hasta entonces, queda rota:

> —Sarica, vengo toda la tarde pensando en ti.
> —¡Pensando en mí! ¿Por qué?
> —Porque estoy muerto por ti […]
> —¡Dime que me quieres, dímelo!
> —¡Vete, vete! —gritó angustiada […] Jenaro se aproximaba a ella y trataba de rodear su talle con el brazo, le ardía sangre […] Sarica dio un paso atrás y avanzó sus manos para impedir que la tocara […] echó a correr lanzándole con furor y desprecio estas palabras: —¡Te aborrezco!

No obstante, dentro de este desordenado encanto, el muchacho no oculta en su interior la admiración que siente por ella considerándola un alma limpia y noble que cobija la virtud; si su aspecto externo le llama la atención, *su bondad y fuero interno lo supera*; y de esta manera le confiesa a su hermana estos sentimientos:

> ¡Pobrecilla! tú también la querrías si la conocieras; vale más su alma que su cuerpo con ser tan hermoso.

Para Juan, Sara es un modelo de virtudes y gracias que la naturaleza pone a su alcance, el ser por el que bullen sus pensamientos y alegra su espíritu:

> Ella era el bien, la pureza, la santidad, la verdad; no había otras virtudes, otros méritos, otras perfecciones en el mundo y fuera del mundo más que Sara.

Tiene alta estima de su persona y de su virtud; quiere ofrecerle su amor sincero con nobleza, lealtad y de forma desinteresada, alejando de sí cualquier sombra de concupiscencia. Y en medio de sus toscos modales siempre se dirige a ella con exquisito recato. En la manifestación de sus sentimientos es reservado y tímido; las atenciones y presentes que le dedica son el sustituto del lenguaje coloquial amoroso.

Su posición social frena sus impulsos del corazón, tiene que ser su compañera quien le descubra los suyos:

—Pues mira, porque si tu fuas probe aun mi hubiá atrevido y a decirte algo; pero siendo rica…
—Y ¿qué me hubieras dicho?
—¡Otra! ¿Qué t'hi de decir? Que te quiero más que a mi vida y que… pero agora… por más que te diga nada.
—No seas tonto, Juan, dime lo que quieras, no me enfadaré por eso. […]
—¿Tú me quieres? ¿Tú … Sara?
—Sí, te quiero; te quiero, Juan.

Cuando es aceptado por ella besa sus manos y se arroja a sus pies como muestra de gratitud. En su papel marital rinde a ella su voluntad, la rodea con la aureola de la verdad y el bien, deja de ser él mismo para convertirse en algo de ella llegando a un estado de bienaventuranza. Retrotrayéndonos a un pasado medieval, se diría que Juan encarna de nuevo *l'amour courtois*, ya que considera a su dama como la señora a la que debe reconocimiento y lealtad.

Nos descubre su sentido humanitario con motivo de la desaparición del padre adoptivo de Sara; si antes veía a la borda con buenos ojos, ahora desea protegerla y liberarla de su soledad, mostrándose diligente en la ayuda de tareas agrícolas.

Sólo la tía Celedonia y Juan la visitaban de cuando en cuando para ofrecerle sus servicios y consolar su tristeza y sólo a ellos recibía de buena gana Sarica, porque ambos eran como las sombras protectoras de la huérfana y, al verlos, se forjaba la ilusión de que aún tenía familia.

Su entrega y servicio a la amada le llevan a olvidarse de sí mismo; la muchacha es el todo, y en un paralelismo de mística unión se llega a identificar con ella:

Desde aquel día descansó Juan en el corazón y en el pensamiento de Sara, absorbido por ella en delicioso éxtasis, sumido en místico nirvana… Dejó de ser Juan para convertirse en algo de ella, en un sentido, en un órgano, en un instrumento suyo… latía con su corazón y obraba por su albedrío.

Cuando en un momento determinado la duda sobre la lealtad de su mujer le cruza su rudo cráneo, busca el medio de hallar la luz de la tranquilidad. Considera esta incertidumbre una falta a la integridad de su cónyuge; había dudado de ella, que era lo mismo que dudar de Dios, y este desliz amoroso le obliga a solicitar su perdón:

—¡Perdóname, Sarica, perdóname!
—¿Por qué yo he de perdonar si no me has faltado en nada?
—No te lo puo icir, pero necesito que me perdones.

La desvergüenza e infamia de Jenaro le induce a lavar el honor de su mujer y a exigir una reparación pública, ya que pública había sido la infamia. El desarrollo del triste lance que conduce a la muerte accidental de Jenaro es considerado como un impulso por el alto sentido que tiene de la honra de su mujer; el profundo amor por ella le lleva a solicitar de su contrincante no una venganza, sino una satisfacción, en defensa de los agravios inferidos a su Sara.

Obviando los atractivos físicos de la protagonista ensalzados por jóvenes y mayores, en este apartado hemos querido fijar la atención en dos esferas totalmente opuestas en la admiración, respeto y amor hacia la mujer por parte del varón. En un primer plano destacamos las formas de aquellos que conciben la belleza femenina como un don o proyección de la naturaleza, alabando no sólo el porte externo, sino el interior; aprecian en su compañera sus virtudes, cualidades y valores; siempre prestos en la defensa del

honor familiar y en ayudas laborales. Tal es el perfil de Juan, labriego tosco, impulsivo, pero de nobles sentimientos, honrado y servicial.

Y en un segundo, incluimos al varón hacendado o de posición holgada. Se siente atraído por la mujer, se recrea en la contemplación de sus formas, que, en su concepción, es una manera de poseerla. Sus arranques voluptuosos le alejan del alcance del amor, ya que no estima su valor y lo desplaza por la pasión. La admiración por la mujer no responde al concepto armonía o belleza, sino a un sensualismo incontrolado. Esta es la manera de ser y obrar de Jenaro y del tendero usurero Trespés.

3. Cómo la refleja el autor

Nos presenta a la protagonista de la novela en tres etapas determinadas, dentro de sus espacios respectivos, acorde con el discurrir de la vida humana. En la edad infantil, su imagen dentro de la inclusa, nos la muestra como una niña de ocho años, ojos tristes, de tez blanca, rubia, pelo ensortijado, frágil, de apariencia desmejorada, con granulaciones en los párpados consecuencia de la miseria física, pero de bellas condiciones morales.

La llegada al pueblo desencadena una retahíla de murmuraciones y de burlas despectivas por el desarreglo físico de su persona:

> ¡Vaya un arguello que se ha traído la tía del hospicio! ¡Si paice un gato espellejau! ¡Si se clarea de hambre! […]

Ya en casa adoptiva, el cuidado solícito y la buena alimentación cambian la figura de la hospiciana, sus carnes adquieren consistencia y color, los párpados abiertos dejan ver sus ojos azulados y unos rizos dorados recrean su nueva figura. Bien vestida y aseada atrae la admiración de las niñas en su presentación colegial

En la etapa adolescente es una joven esbelta, de tez tostada, de delicioso rostro, graciosa y deseable, prototipo de muchacha aragonesa que adorna sus encantos con la distinción de su porte; destaca en ella su personalidad, gallardía, simpatía, buen carácter y una sonrisa de la *vita nuova*, que era el regocijo de las gentes de la localidad que la convierten en centro de simpatías, digna de recibir las mejores galanterías y elogios de galanes y mayores:

> Sarica fue creciendo en hermosura y en gracia y, cuando rompiendo los moldes de la niñez comenzaron a redondearse sus formas, a avivarse sus ojos puros con el destello del ignorado deseo y a moldear sus labios la sonrisa de la vita nuova, fue el encanto de Cerrillares, la envidia de las mozas y la codicia de todos los mozos del contorno.

Blas y Ubide en el planteamiento narrativo de esta novela rompe arbitrariamente el curso lineal de los acontecimientos, tal como se encadenan en el transcurrir temporal de la existencia humana. Con anterioridad a la presentación de la protagonista en edad infantil, lo hace dentro de la descripción de Cerrillares (lugar del desarrollo temático) aprovechando el momento de la época de la trilla, cuando ya Sara ha alcanzado la pubertad.

Utiliza la técnica de la prolepsis alterando la línea temporal de la narración para dar a conocer un hecho del futuro anticipando una acción en el tiempo. ¿Por qué el novelista emplea este recurso estilístico? El narrador dispone libremente el orden de los acontecimientos y, al establecer una temporalidad estética, su propósito es fijar la atención en la persona que va a ser sujeto básico en el desarrollo de los hechos, presentando una actitud o actuación de la misma, y nada más aparente que mostrarla dentro de un marco físico que refleje un aspecto llamativo o singular de su protagonista.

Rememora el cuadro costumbrista de la trilla colocándola en él como centro de una estampa "eglógica", proyectando su imagen de mujer entregada a las tareas y labores de las eras. Era habitual que en este ajetreo el aire de la jota alegrara el ambiente, ocasión que no quiere obviar nuestro novelista para resaltar la figura juvenil de Sara. De un lugar próximo, unas notas recrean los encantos de la rubia muchacha:

Capullico, capullico,
ya te vas golviendo rosa,
ya se va acercando el tiempo
de decite alguna cosa"

Ella, con sana intención, entra en el juego jotero de picadillo y le responde con otra copla referida a su todavía temprana juventud:

Festejar con una chica
que tenga poquicos años
es comerse un racimico
cuando la uva está enverando

En la tercera etapa, destapa la trayectoria existencial de la muchacha como mujer, resaltando sus vivencias como adulta y ama de casa; desvela sus cualidades humanas, virtudes y firmeza de ánimo frente al cúmulo de adversidades que rodean su vida.

En el plano amoroso delimita las querencias de la protagonista a su dignidad e integridad personal, principios básicos que la llevan a discernir los verdaderos impulsos afectivos de aquellos otros dolosos o motivados por intereses torpes o egoístas. Con estos últimos, el novelista realza el buen sentido y la sensatez que la descubre como una mujer honesta.

La manifestación sentimental de la muchacha la describe poco delicada y expresiva, ¿Por qué nos señala esta forma de actuar de ella? Nuestro escritor ha recopilado hechos y anécdotas de las gentes del espacio rural que le rodea y conocedor de los modos de ser y de obrar de estos lugareños en su comportamiento social, que en ocasiones llegan a ser bruscos y toscos, tiene que exteriorizar en su protagonista los mismos ademanes y formas de expresión, dado el lugar en el que vive; sirva como ejemplo su respuesta a las insinuaciones amorosas de Jenaro (citadas en el primer punto) y a la rudeza verbal empleada para contener los impulsos lascivos del tendero Trespés ofreciéndole amor a cambio de una seguridad económica momentánea.

Blas y Ubide ha proyectado en ella el concepto que tiene sobre el matrimonio, que debe estar basado sobre el amor y perpetuarse en la monogamia y unicidad del mismo. De ahí que la describa como una persona dada por entero y sin reservas a su pareja, su felicidad la basa en la familia; estima que la aceptación mutua del hombre y la mujer debe hacerse por pura inclinación y al abrigo del querer y de la honradez. Este es el comportamiento o proceder de la muchacha para aceptar la mano del labriego Juan.

La tendencia caritativa e indulgente es otra faceta que nos presenta de ella; es pronta en ayudar al prójimo, a pesar de sus penurias. La caridad de Sara salva las distancias, solamente en su corazón de mujer se esconde la grandeza de este sentimiento que la aleja de la envidia y la aproxima al valor opuesto.

Su firmeza de espíritu la resalta el autor en distintos momentos de su vida. Los instantes que siguen a la muerte de sus padres adoptivos son significativos; debe tomar las riendas de la casa, enfrentarse a un porvenir inseguro con una exigua hacienda para hacer frente a los infortunios que la acechaban:

> De aquellas dos debilidades que se albergaban en el techo prestado por la muerte, Sarica era la más firme, y bien había menester del fino temple de su alma para que no la quebraran los infortunios y de toda la entereza de su espíritu para caminar serenamente al porvenir.

Blas y Ubide inserta en un marco otoñal gris y desapacible todas las desventuras de la borda que parecen haberse desatado al unísono: su padre adoptivo y su hijo muertos, su marido Juan condenado por la muerte de Jenaro, las propiedades vendidas, la ruina de la casa, se encuentra sola y sin recursos.

En su protagonista hace hincapié en dos aspectos que la podrían hundir en una honda aflicción: la soledad en la que está inmersa y la continua adversidad que la rodea; a pesar de ello, su fuerza de ánimo aquilata el valor de su persona, aceptando las situaciones difíciles y complicadas con valerosa resignación. Así queda ensalzada esta figura femenina en su aflicción considerando que su dolor la eleva por encima de lo terrenal:

> El dolor había espiritualizado aquella figura elevándola al más alto grado de la ideal belleza.

Puede afirmarse que sus aliados son la desgracia y la penuria; cuando todo está a su favor y el abogado D. Pedro Forcén iba a reconocerla, como aquella posible hija depositada una noche en el torno de la inclusa, la fatalidad oculta nuevamente un rayo de esperanza:

> Celebrados los funerales, Sarica se atrevió a pedir tímidamente el dinero que depositó en poder de su amo; pero como no tenía resguardo alguno y D. Pedro declaraba que nada debía, las austeras y delicadas conciencias de los albaceas no pudieron acceder a su petición. […] De esta manera los últimos restos de la fortuna de Sara fueron a parar a la cuna de los bordes.

Y así la presenta al final nuestro novelista, como al principio: sola y desamparada pero no abandonada a la impotencia y a la desesperación; su resignada voluntad y el ánimo por recuperar el marido para reconstruir nuevamente su vida es la única herencia que le queda junto a la esperanza; la esperanza de una luz que alumbra lejanos horizontes y que encierra una fuerza misteriosa que arremete contra el infortunio. Todo parece indicar, siguiendo la narración, que a Sara le estaba reservado hacer de la esperanza una virtud.

Epílogo

Blas y Ubide parece que ha vaciado en esta novela su propia conciencia inmersa en los cauces de la moral cristiana, utilizando un registro coloquial con rasgos propios del ambiente que se describe.

La idealización de la protagonista le lleva a hacer de la mujer del pueblo un símbolo de la honra personal y de la virtud femenina, presentándola en una fase de su vida y en un ambiente en que le ha tocado vivir, supeditando las relaciones personales a esquemas de conducta y de moralidad.

El prototipo de mujer ideal que pinta corresponde a una figura joven, de cabello y ojos llamativos, hermosa y encantadora, inserta en una clase social baja en la que armoniza integridad y trabajo. La perfila con una *actitud sobria*, recta, hace todo *a la cara del sol*; templa su carácter, resalta la bondad y regularidad en su manera de actuar.

Exterioriza en ella el sentimiento y el amor conyugal con el de la maternidad, la capacidad de sacrificio y la fortaleza en el dolor; su interior queda revestido de virtudes

y de valores morales y religiosos y, como mujer fuerte y de buen sentido, resiste sin desmayar los duros y reiterativos golpes que le proporciona la vida.

Blas y Ubide describe en un sombrío marco todos los infortunios de la borda, los momentos de dolor y desesperación, propios de las ilusiones desvanecidas; en su orfandad, comprende las tristezas de la soledad, la desazón de la melancolía, las nostalgias de la familia y del hogar propio. Queda reflejada como otra "mater dolorosa", sola y desamparada vuelve al lugar de donde salió. Hay en ella una repetición del drama humano donde las vivencias y circunstancias adversas, determinan los acontecimientos más allá de la voluntad de los personajes.

Sarica, una vida de dolores y de contradicciones, evoca los tonos, modos y maneras de ser que Pereda perfiló en Silda, la protagonista de Sotileza.

Lo expuesto, no es más que una muestra de la vena creadora de este escritor y una puerta abierta a la investigación y al estudio de otras parcelas de la producción literaria pertenecientes a escritores y novelistas de nuestra tierra. No pensamos muchas veces que en Aragón también se escriben novelas y que cuando están bien hechas y son el espejo que reflejan los modos de vida y ser de nuestra sociedad, no mueren, desafían el paso del tiempo. Nuestra idiosincrasia aragonesa acusa con cierta frecuencia el olvido de lo nuestro, de escritores y literatos menos oídos y considerados que los Marcial, Gracián, Argensola, etc., relegando al silencio nombres que debieran ser objeto de un recuerdo más puntual. Por todo ello, debemos aprender a conocer y valorar en su justa medida lo nuestro.

Bibliografía

BLAS Y UBIDE, Juan (1993). *Sarica la borda*. La Val de Onsera. Zaragoza.

CEJADOR FRAUCA, Julio (1972). *Historia de la Lengua y Literatura castellana*. (Época regional y modernista). Biblioteca Románica Hispánica. Editorial Gredos. Madrid, Tomo X, pp. 2 y 3.

MAINER BAQUÉ, José Carlos (1987). *La Edad de Plata (1902-1939)*. Cátedra, S.A. Madrid, p. 121.

Gran Enciclopedia Aragonesa. UNALI, S.L. Zaragoza, 1982. T. X. P. 2.725.

El Universo, periódico político católico de la mañana. Madrid 11-I-1905.

HORNO LIRIA, Luis (1952). *Blas y Ubide a distancia. Conferencia en el Homenaje Literario que la ciudad de Calatayud rindió al ilustre novelista bilbilitano en el centenario de su nacimiento, el 16 de noviembre de 1952*. Gráficas Perruca. Calatayud.

LÓPEZ LANDA, José María (1945). *Juan Blas y Ubide. Literato Bilbilitano. Conferencia leída en el Ateneo de Zaragoza el 17 de marzo de 1945*. Gráficas Perruca. Calatayud.